

LAS SUBASTAS DE ARTE

Por Marino GOMEZ-SANTOS

**cada
semana**

EL aumento del nivel de vida ha producido el "boom" de los grandes almacenes, supermercados, cafeterías, hoteles de lujo, guisquerías, discotecas y salas de arte en todas las provincias españolas. En Madrid y Barcelona el número de cualquiera de estos establecimientos resulta abrumador en grado sumo. Las columnas dedicadas en la prensa al anuncio de exposiciones de arte compiten en extensión con las que ofrecen parcelas, urbanizaciones y ventas de pisos.

¿Qué ha ocurrido, de pronto, con el arte en nuestro país? Porque pintores, y de gran categoría, hemos tenido siempre. En la antigüedad, los artistas trabajaban por encargo de las órdenes religiosas, de los aristócratas y, de una manera particular, para el rey, cuando eran elevados a la gran categoría de pintores de cámara.

El pueblo no pudo ser comprador de pintura, prácticamente, hasta el siglo XIX en que la burguesía española comenzó a procurarse retratos y bodegones.

Regoyos, Solana, Nonell, Juan Gris, Ricardo Baroja y toda la inmensa gama de pintores surgidos en los primeros años del siglo, vendieron muy pocas obras y a precios tan modestos que hoy nos parece increíble. El mismo Picasso, en sus comienzos, hubo de realizar en Barcelona y París dibujos para el dueño de la taberna al que no podía pagar de otro modo sus frugales cenas.

Las salas de exposiciones de París o Madrid podían contarse mentalmente sin trabajo. Y resultaba muy difícil conseguir que los marchantes aceptasen como buena la obra de los que luego iban a ser artistas de altas cotizaciones.

Ahora exponen todos los pintores profesionales y hasta los aficionados, y los precios de las obras de estos últimos muchas veces son difícilmente asequibles.

Desde hace muy poco tiempo Madrid ha puesto de moda en múltiples galerías las subastas de arte. No se trata de una idea original, ya que desde muchos años antes se vienen celebrando en Park Benet, de Nueva York; en el Palacio Gallera y Hotel Drouot, de París, así como en Sathely y Christie's, de Londres.

Esta promoción del arte plantea en nuestro país problemas muy complejos, sobre los que hemos pensado más de una vez las personas interesadas de alguna manera en la pintura.

Es evidente que las subastas proporcionan un mercado

seguro a la persona que posee una obra de arte aunque no desee venderla. Y, como puede suponerse, facilita su venta al poseedor de un cuadro que desea obtener su valor en dinero efectivo.

El mercado de arte ha sido, hasta hace poco, muy limitado. Vender no resultaba fácil, ni siquiera cómodo. La pintura aumentaba en su valor, pero el mercado permanecía prácticamente cerrado. Ahora basta con depositarlo en la galería que realice subastas para someterlo a una valoración de salida sobre la cual se efectúe la puja si es que la obra interesa al público.

El sistema tiene, a nuestro modo de ver, ventajas y peligros. Porque, ¿no estará ocurriendo ya que las subastas motiven una inflación catastrófica en los precios de la pintura? Un coleccionista que tenga gran número de obras de un artista determinado, pongamos por caso, ve en el catálogo de una subasta el anuncio de una tela del mismo artista y cabe suponer que asista a la subasta para pujar de una manera intencionadamente inflacionista, con lo que revalorizará el resto de las obras que posee del mismo artista. Es una maniobra legal, pero no cabe duda que establece una situación que puede convertirse con el tiempo en pura fantasía. Pintores que hasta ayer mismo han permanecido en la penumbra surgen a la luz de las subastas, sorpresivamente, con un áurea de millones. ¿Perdurará esa delirante cotización dentro de cinco, de diez, de veinte años?

Porque en España, hasta el momento, las subastas de arte vienen realizándose sin las formalidades que de una manera usual se realizan en otros países, tales como Nueva York, Londres y París. Allí forman tribunal los comisarios de arte, los críticos y los especialistas. Si en una subasta sale una tela de Matisse, es seguro que estará presente una personalidad relacionada con la obra de este pintor, autor de una monografía, cuando menos. Esta es una manera formal de respaldar la autenticidad.

De una u otra manera, lo que no cabe duda es que las subastas han conseguido nuevos compradores de arte y que éstos, de vez en cuando, son asaltados por la duda de la inflación. Algunos, por un gusto "démodé", pujan por obras que no tienen un valor real, con lo cual remontan los precios; en otros casos las altas cotizaciones se alcanzan por piques entre unos y otros. Así se ha dado

el caso que un mismo pintor alcance en una subasta el millón de pesetas y en otra, con una obra de semejante factura, no rebese las doscientas mil. Esto no suele ocurrir en el extranjero, a cuyas subastas de arte acuden primordialmente los profesionales, por lo que las cotizaciones se mantienen a niveles razonables. Entonces el arte entra a competir en una bolsa de valores y sus oscilaciones están sujetas a la ley de la oferta y la demanda.

En nuestro país, las subastas de Navidad alcanzan precios superiores, porque en esa época hay una mayor propensión a comprar un cuadro, mientras en el verano los precios experimentan una baja muy considerable.

Una inmensa mayoría adquiere pintura como inversión, independientemente de su mayor o menor gusto por el arte. Y es natural, porque el poseedor de un Solana, que hace algunos años tuvo oportunidad de adquirir en diez mil pesetas, al advertir su revalorización en dos o tres millones empezará a considerar la pintura de otra manera. Ahora, como materia interesante de inversión, lo que no es un caso privativo de nuestro país, porque ocurre en el mundo entero.

¿Qué tipo de público asiste en España a las subastas? Por el momento, la burguesía, y también la clase económicamente fuerte, con muy rara presencia de profesionales. Los dueños de galerías y los marchantes suelen estar ausentes, al revés de lo que ocurre en el extranjero. Es importante puntualizar que la pintura que se subasta en España es muy pocas veces pintura contemporánea, porque el arte considerado de avanzada alcanza difícilmente puja. El gusto del público que acude a nuestras subastas es más bien conservador y la pintura que mejor comprende es la del siglo XIX.

En las cifras que se juegan en las subastas podríamos decir que no es oro todo lo que reluce, porque la galería que pone en subasta una obra y ésta es adjudicada, se reserva el 30 por 100. Este margen inicialmente había sido menor y parece ser que ahora los vendedores de cuadros piensan con más detenimiento la decisión de someter obras a subasta.

En definitiva, el arte ha experimentado un auge muy considerable, lo cual será positivo cuando poco a poco se vayan ajustando algunos procedimientos de primera hora.

TRIBUNA MEDICA, 26 de Oct. 1973.
(MADRID)